

21.º domingo ordinario B



*Señor, ¿a quién vamos a acudir?
Tú tienes palabras de vida eterna. (Jn 6,68)*

Primera lectura

Josué 24,1-2a.15-17.18b

En aquellos días, Josué reunió todas las tribus de Israel en Siquén y llamó a los ancianos, a los jefes, a los jueces, a los magistrados para que se presentasen ante Dios. Josué dijo a todo el pueblo: – Si no os parece bien servir al Señor, escoged a quién servir: a los dioses a quienes sirvieron vuestros antepasados al este del Eufrates o a los dioses de los amorreos, en cuyo país habitáis. Yo y mi casa serviremos al Señor.

El pueblo respondió: – ¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a dioses extranjeros! El Señor es nuestro Dios; él nos sacó a nosotros y a nuestros padres de Egipto, de la esclavitud; él hizo a nuestra vista grandes signos, nos protegió en el camino que recorrimos y entre los pueblos por donde cruzamos. Nosotros serviremos al Señor, porque él es nuestro Dios.

Segunda lectura

Efesios 5,21-32

Hermanos y hermanas: Sed sumisos unos a otros con respeto cristiano. Las mujeres, que se sometan a sus maridos como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia; él, que es el salvador del cuerpo. Pues como la Iglesia se somete a Cristo, así también las mujeres a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia: él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra, y para colocarla ante sí gloriosa, la Iglesia sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada. Así deben también los maridos amar a sus mujeres, como cuerpos suyos que son. Amar a su mujer es amarse a sí mismo. Pues nadie jamás ha odiado su propia carne, sino que le da alimento y calor, como Cristo hace con la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. "Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne". Es éste un gran misterio, y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia.

En aquel tiempo, muchos discípulos de Jesús, al oírlo, dijeron: – Este modo de hablar es inaceptable, ¿quién puede hacerle caso?

Adivinando Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo: – ¿Esto os hace vacilar?, ¿y si vierais al Hijo del hombre subir a donde estaba antes? El espíritu es quien da vida; la carne no sirve de nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida. Y, con todo, algunos de vosotros no creen.

Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar. Y dijo: – Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede.

Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él.

Entonces Jesús les dijo a los Doce: – ¿También vosotros queréis marcharos?

Simón Pedro le contestó: – Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos. Y sabemos que tú eres el Santo, consagrado por Dios.

Meditación

El discurso de Jesús sobre el pan de vida y más aún las palabras eucarísticas decepcionaron y escandalizaron. Lo habían tomado al pie de la letra. De nuevo nos encontramos ante el fenómeno de la incomprensión, que tan frecuentemente aparece en el cuarto evangelio. Que Jesús sea pan que deba ser comido es, al menos, chocante. En aquella ocasión llegó hasta el escándalo.

Juan escribe con ambigüedad intencionada. Habla del Hijo del hombre, que volverá a subir donde estaba antes. Dicho en otras palabras: Jesús no es un hombre cualquiera. Es el Hijo del hombre. Y, en cuanto Hijo del hombre, es el pan de vida y su carne y sangre comunican la vida. Si entrega su carne para ser comida y su sangre para ser bebida, lo hace en cuanto que es el Hijo del hombre. Quien, a la luz de la fe, de la "tracción" de Dios, comprenda esto, no se escandalizará, sino que aceptará plenamente la palabra de Jesús. El escándalo se produce sencillamente porque no se reconoce quién es Jesús. Los que lo reconocen, como el Hijo del hombre, saben que puede hacer lo que dice y aceptan su palabra.

El discurso sobre el pan de vida y el pan de la eucaristía es situado en su perspectiva adecuada hablando de la "ascensión" y del Espíritu Santo. La carne en cuanto carne pertenece al ámbito del pan "percedero". El Espíritu es el que da vida. Ahora bien, Jesús, en cuanto Hijo del hombre, pertenece a esa esfera de arriba, del Espíritu. Sólo en cuanto penetrado por el Espíritu, puede entregar la carne y la sangre, animadas del mismo Espíritu, como principio de vida eterna.

La defección y el escándalo provocan un reto que lanza Jesús a los Doce: "¿También vosotros queréis ir?" Pedro, en nombre de los Doce, reafirma su adhesión a Jesús por ser el Santo de Dios. El significado del título utilizado por Pedro es, en realidad, sinónimo de Mesías. Es el mismo título que le es dado a Jesús por un demonio al ser expulsado del cuerpo de un poseso. En todo caso es una confesión clara de la fe.

El evangelista ha querido precisar, al final del relato, algunos datos importantes relativos a la eucaristía. Acentúa fundamentalmente dos precisiones: una relativa a la ascensión del Hijo del hombre y otra relativa al Espíritu. Sólo después de la ascensión será posible recibir el pan vivo de la eucaristía. La mención del Espíritu alude, sobre todo, a la fe como medio absolutamente necesario para ver la eucaristía como la carne y la sangre del Hijo del hombre. O, dicho de otro modo, que sólo puede recibirse fructuosamente la eucaristía cuando se está en posesión del Espíritu. Se trataría, por tanto, de rechazar una aproximación excesivamente mecánica o mágica a la eucaristía. Tal vez esté en la mente del evangelista afirmar que no es el cuerpo terreno o muerto de Jesús, sino el cuerpo resucitado, lleno, penetrado por el Espíritu de vida, el que aprovecha en la eucaristía.